

Desconstrucción del logofonocentrismo y des-representación del sujeto cognoscente en la cultura postmoderna

Álvaro B. Márquez-Fernández¹

Resumen

Desde la perspectiva de la filosofía y el método de la desconstrucción que nos ofrece el filósofo francés Jacques Derrida, en este artículo se hace un análisis crítico sobre el dominio de: i) la racionalidad positivista y hegemónica de la modernidad logocéntrica; y ii) la disolución o minimalización del sujeto cognoscente como el único regulador de la racionalidad y los objetos de pensamiento. El cambio de paradigma que promueve la post-modernidad, se orienta hacia una superación de la mirada objetivista de la realidad; y, tiende, con muchas posibilidades y sorpresas, a superar cualquier metafísica interventora sobre la significación de la realidad.

Palabras clave: sujeto cognoscente, filosofía, realidad, desconstrucción.

Recibido: 20-12-04 Aceptado: 17-02-05

¹ Filósofo. Doctorado en Ciencias Humanas, LUZ. Doctorado en Ciencias Sociales, LUZ-UCV. La Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela. Miembro del Programa de promoción al investigador. PPI Nivel IV.

Deconstruction of logo-phono-centrism and de-representation of the knowing subject in post-modern culture

Abstract

From the perspective of the philosophy and deconstruction method offered to us by French philosopher Jacques Derrida, this article makes a critical analysis of the following domains: i) positivistic and hegemonic rationality of logocentric modernity; ii) the dissolution or minimization of the knowing subject as the only regulator of rationality and the objects of thought. The paradigm change promoted by post-modernity, is oriented towards an overcoming of the objectivist view of reality; and tends, with many possibilities and surprises, to surpass any inventive metaphysics about the signification of reality.

Key words: Knowing subject, philosophy, reality, deconstruction.

Introducción

Los supuestos filosóficos y epistemológicos de la modernidad consideraban al ser como una proyección del pensamiento sobre la realidad, y ésta estaba asociada directamente al sujeto pensante. Es decir, la realidad es un reflejo del pensamiento y todo lo que la contiene es el resultado de la inserción del pensar sobre el ser de las cosas. La ciencia cartesiana se encargará de demostrar la relación unívoca entre pensar y ser. Se demuestra de esta manera como la realidad es algo objetivamente dado a la experiencia. Solo puede ser captada por la “*cogitatio*”, o sea, una especie de razón pura y absoluta de la que depende la realidad para poder ser conocida. El paradigma de la modernidad se centra en un logos que es uniformizador y determinista. El mundo es una realidad que está referida en sí misma por las exi-

gencias de una razón rectora que le asigna su condición existencial.

Este modelo de racionalidad científica comienza a dar paso a una racionalidad escéptica y relativista en la medida que se hace ineficiente e insuficiente, para dar explicación e interpretación de las transformaciones de la ciencia en su progreso histórico. La realidad es mucho más transversal y compleja, entramada en una red de significaciones cognoscitivas y valorativas, éticas y políticas, morales y afectivas, que genera cada vez más una visión plural y diversa de aquellas esferas de la acción humana que escapan de las lógicas formalizantes del conocimiento científico de carácter experimental y verificacionista. Las nuevas modalidades de aprehensión de la realidad que se van formando desde una intersubjetividad que analiza y critica el conocimiento fáctico (positivista) de la realidad, desde una concepción del

conocimiento que parte de un pensar pragmático y un hacer destructor; sitúa, a la racionalidad en un giro postmoderno de naturaleza lingüística y comunicativa, semiótica y social (Follari,1997).

Se abre, entonces, el campo de los objetos científicos considerados como entes reales, hacia una red, un tejido, de relaciones en las que la emergencia de los objetos en cuanto tales, es decir, en cuanto objetos cognoscitivos de una conciencia que se trasciende en ellos, es una praxis de desrepresentación de sus significados a causa de la contextualidad y de la intertextualidad en la que trascurren las interacciones entre sujetos y objetos, y viceversa. Un nuevo movimiento epistémico se da inicio en el desarrollo y articulación entre el pensar y el “mundo de la realidad”. Se trata de desregular-desfundamentar- la actividad cognoscitiva del sujeto de un logocentrismo que lo autodetermina y reifica.

Es necesario liberar a la razón de la trampa del cientificismo objetivista y acceder a la significación pragmática y hermenéutica del sentido con el que se construye el conocimiento de la realidad en la que situamos nuestra existencia y la existencia de los objetos. La libertad para conocer esa otra dimensión de una realidad que no es ni estática ni hegemónica, presupone otro orden de espacio donde la racionalidad se descubre y construye desde diversos y variados fenómenos que exceden nuestra percepción directa de la realidad dada. Liberada nuestra comprensión del condicionamiento determinista de los objetos, entonces, la comprensión de la realidad se orienta a través de la significación del lenguaje y los usos

que se hace de éste para designar el sentido de la realidad, que siempre es un orden subyacente de múltiples relaciones.

El paradigma emergente de la postmodernidad viene planteando a través de uno de sus principales pensadores, Jacques Derrida (1972c), la superación de ese modelo de racionalidad positiva científica a través de unas categorías y un método de análisis, que colocan a la racionalidad en un nuevo escenario de la antropología del conocimiento: descentra el universo del logos occidental y lo diversifica, lo explora desde esas fronteras externas y marginales, desde las ilimitaciones y lo indeterminado, caótico y desordenado, con el supuesto intencional de redescubrir el sentido que oculta el contrasentido; esa dimensión germinal de la sospecha de que la realidad no es una sino muy plural.

La desconstrucción antsubstancialista de la presencia

‘Deconstruire’ a la philosophie ce serait ainsi penser la généalogiestructurée de ses concepts de la manière la plus fidèle, la plus intérieure, mais en même temps depuis un certain dehors par elle inqualifiable, innommable, déterminer ce que cette histoire a pu dissimuler ou interdire, se faisant histoire par cette répression quelque par intéressée (...)

*Écriture à soi intéressée qui donne aussi à lire les philosophèmes (...) comme des sortes de symptômes (...) de quelques chose qui **n’a pas pu se présenter** dans l’histoire de la philosophie, qui n’est d’ailleurs **présent nulle part**, puisqu’il s’agit dans toute cette affaire, de mettre en question cette*

détermination majeure du sens de l'être comme présence, détermination en laquelle Heidegger a su reconnaître le destin de la philosophie".

*J. Derrida (1972c): **Positions**, p.15.*

La práctica desconstruccionista no se funda en una "lógica", "metódica" o "teoría" del conocimiento. No es, tampoco, un proceso irracional o absurdo del pensamiento sobre la "realidad constituida". Desconstruir la realidad cognoscitiva, desde el punto de vista de la razón transpositiva o postestructuralista, es un proceso de desregulación óptica que evade las certezas de los supuestos de la apodicticidad del pensamiento lógico. La desconstrucción (Derrida, 1972c), asume y transgrede la tradición del logos filosófico desde un "cierto exterior incalificable por ella" sobre unos discursos y esquemas de pensamiento que han disimulado y prohibido a través de la metafísica, la realidad. Pero no es, como diría Derrida (1988), "una operación que surge '*après coup*', desde el exterior, un buen día, sino que ya está siempre obrando en la obra".

Es decir: la correspondencia entre pensar y ser no puede estar únicamente representada a través de la supuesta realidad que le conferimos para hacerla inteligible y aquello que suponemos es la relación entre el mundo de los entes con las ideas del pensamiento. Desconstruir es otro modo, sin modelo alguno, para repensar y re-interpretar la subjetividad desde las realidades con las que ésta queda objetivada; sin otro contenido formal o material, que las indeterminaciones sincrónicas e inconscientes de las redes de significación en las que los significados de las ideas se

nos aparecen representados. Una dimensión del discurso en la que aparece la presencia de lo que es la posibilidad de que algo exista, en una de las probables revelaciones donde lo manifiesto no es otra cosa que una manera de referirnos en fragmentos a lo que se oculta en lo manifestado.

La razón en la certeza positiva de una substantialidad de la apariencia de la presencia, es anulada por el cuestionamiento que pone a prueba la incondicionada dependencia de toda presencia con respecto a su origen o su *dación*. La suposición de una dimensión profunda, y por profunda, oscura, fija y estática, inerte y mecánica, determinada y *fijista* de la realidad, pierde su sentido por el contrasentido que sugiere la sospecha de que la realidad está mucho más atravesada por el desorden y el caos que por lo absoluto y trascendental. Se niega, en razón de sus propias contradicciones, la posibilidad de principios universales del conocimiento para dar explicación, narración e interpretación de las cosas y cómo éstas son y están en el mundo. La realidad no está realizada por sí o a través de sí misma, sino desde un encuentro de relaciones que se tejen de múltiples maneras sin preconcepciones, completamente arbitrarias y fortuitas.

No es en el pensamiento, sino en el lenguaje, donde la complejidad de las significaciones entre los procesos semánticos y las designaciones pragmáticas del significado se cumplen. Si algo "existe" es sólo por la modalidad en la que la apariencia se hace presente desde ése horizonte lingüístico que la instituye como realidad posible, pero inevitablemente contingente y relativa. No es absoluta ni eternitaria, trascendente o univer-

sal. Si alguna palabra vale para decir-la-apariencia, sería aquella con la que la apariencia se reconoce como referida por algo o alguien, a través de su representación objetivante, que es la que le atribuye la "realidad" al objeto significado por la palabra. Pero esto no es realidad alguna, pues la condición promisorio de ser "realidad" reside más en su negación y en su diversidad insustantivable, que en alguna potencia creadora y trascendente ajena lingüísticamente al contexto de las relaciones de significación.

El status ontológico de la presencia es mucho más relativo e incierto que aseverativo y dogmático. Nunca estamos en 'presencia' de alguna presencia, ya que nunca es posible que se cumplan en la facticidad las ideas que pensamos y hablamos; a menos que liberemos el orden gramatológico (Derrida, 1967a) de la escritura a través de las formas o figuraciones con las que intencionalmente producimos el contexto de la significación lingüística de la realidad. El espacio de la emergencia presencial es parte de ese ocultamiento de lo que nunca puede ser un presente total y absoluto, de lo que es indeterminado e incondicionado, y frente al que sólo nos es dado referirnos indirectamente y siempre aludiendo al sentido figurado de la representación en la que está totalizado.

En su caracterización fenomenológica, el pensar, el actuar, el ejercitar de la desconstrucción no es entendida como un método, lo que niega el espíritu epistémico propio de la modernidad científica. Sin embargo, pudiera ser considerada la desconstrucción como una postura de irreverente fractura cognoscitiva frente a la forma posi-

tivista y estructuralista de concebir y comprender como inclusivo al objeto el dominio de su realidad presente, fuera de los intersticios en los cuales se gestan la diversidad y diferencialidad de los sistemas poiéticos y los procesos de transferencia en los que el fenómeno de la presencia de la realidad se estructura.

Es decir, la desconstrucción (Derrida, 1993) en una instancia de la desformalización fáctica de la realidad, a partir de que la realidad siempre es vista desde "otras" lecturas que le son posibles, imaginarias o simbólicas, y que excede la mirada de un sujeto cognoscente que se entiende privilegiado desde su horizonte racional, categorial e interpretante. La "idea" de un fundamento o base substancial de orden epistémico sobre el carácter ontológico que presumiblemente le confiere predicado de objetividad a la realidad, es insuficiente para comprender la complejidad inherente y transversal de las relaciones de significación de nuestro pensamiento y "conciencia" del ser y la existencia. La realidad no es substantiva, pudiera ser en caso tal, un momento de apertura y continuo retorno que nos permite inferir el sentido de la acción de los sujetos en la manifestación de los significados que se producen a través del lenguaje.

La desconstrucción del fundamento epistémico de la substancialidad de la realidad, cuestiona fuertemente la perspectiva del racionalismo empirista y lógico, y la manera de deducir las ideas de nuestros pensamientos. Evidentemente trastoca todo el discurso de la cientificidad del conocimiento de la realidad entendida como objetividad del sujeto cognoscente, en la que el

sujeto resulta representado, identificado y asociado en los procesos productivos de la realidad significada, y en la que esta “realidad” a su vez, se constituye universalmente sin necesidad de considerar los posibles grados de refutabilidad o falsabilidad de la razón que la ha constituido. Ninguna sospecha se cierne sobre el “mundo de la realidad”, al mejor estilo neoplatónico de la verdad contenida en la representación de esas ideas.

La ideas y el pensamiento no están, ni pueden estarlo, arraigadas en ese “modo de pensar” de la modernidad, a un estadio físico de la realidad. En absoluto. Se trata más bien de acceder al descubrimiento de las ideas del pensamiento desde la perspectiva deconstructivista y escéptica con la que el pensamiento se descubre a sí mismo y descubre su libertad de actuación y expresión ficcional sobre la significación y sus modos de comprensión.

La desconstrucción entendida como desestructuración del ente (Derrida: 1967c), es la que termina aplicada a la crítica de la ontología clásica, es decir, a la concepción metafísica de la realidad; y aquello que hace accesible o admisible la presencia como realidad, es siempre la cosa irrealizable e impensada como subjetividad de sí. La desconstrucción debe “desmontar” el sentido al interior de la intertextualidad. El sentido, no está en la palabra, sino en lo que ella porta o transmite. En ese momento de la acción comunicativa en la que la palabra no es la representación; sino que es, una entre otras y tantas en una variante de la relación in-representable de la proposición, con la que se comunica en un contexto tramado por las relativizaciones del significado.

No existe un sentido, sino la multiplicidad de ellos, de los que la realidad conforma una parte, pero no es en absoluto la totalidad de su apariencia. Es un ejercicio de desapehensión de las estructuras con las que se quiere instituir el sentido unívoco de la realidad. Es más bien, todo lo contrario. Es la “*différance*” (Derrida, 1967b), entre otros espacios del movimiento deconstructor, que alude a lo distinto, lo otro, desde una postura irónica, negativa, nihilista del pensamiento. Al decir de Derrida, es “una cierta experiencia aporética de lo imposible”. Es una acción sobre una circunstancia o situación para deshacer desde un redeshacer lo hecho. Es ese momento en el que a partir de un yo negado y cuestionado, se desfundamenta la realidad en sus principios constitutivos y contingentes, en búsqueda de esos sentidos diversos y extraños que están en las profundidades del sentido atrapado por la presencia de la apariencia que lo recubre todo, y que no parece dejar nada fuera de sí. Es el momento para deshacer, diseminar, descomponer, desconstruir sedimentos, presupuestos, instituciones, es la ascensión crítica-genealógica de la desconstrucción sobre la naturaleza-mundo de la realidad, y en cuanto tal su oponente más radical. No hay posibilidad alguna de atrapar lo subjetivo desde esa falsa e hipotética realidad deducida por los principios de la razón objetivante. En la metafísica de la presencia, la realidad es una convención arbitraria de los hechos que sugiere su comprensión desde su representación existencial o simbólica, la auténtica racionalidad tendría una facultad onto-semiótica que debería distanciarla de las funestas consecuencias del fisicalismo cientificista

y del empirismo lógico de las teorías del conocimiento pragmático.

La desconstrucción es hermenéusis del sentido, que deja fuera de toda consideración ideas y pensamientos fundacionales, sustantivadores. Tan sólo “de-construye” la significación por el contexto de los sentidos, y hace que la realidad se transforme en un código circunstancial, transitorio y mutable (Peñalver: 1990). Trata la “realidad” como “irrealidad” no presencial a los ojos de la conciencia del sujeto. Todo queda demarcado por el universo ambiguo y polisémico del lenguaje y sus mediaciones simbólicas, que nunca son finales ni definitivas. Desarticula la estructura de la gramática como código normativo de la comunicación para liberar de alguna manera la voz silente y ausente del pensamiento desde la escritura como mediación inconsciente, a través de una significación más compleja y profunda postestructuralista de la presencia-ausencia indecible.

Desconstrucción del logofonocentrismo: la superación del dominio racional de la voz de la palabra sobre los márgenes de la escritura

*“La historia de la metafísica
es el querer-oírse-hablar absoluto.*

*Esta historia está cerrada cuando este
absoluto infinito se aparece como su propia muerte.
Una voz sin diferencia, una voz sin escritura, está a
la vez absolutamente viva y absolutamente muerta”*

*J. Derrida (1967c): **La voix et le phénomène.***

El carácter comunicativo de la razón queda contenido en el dominio discursivo de la palabra y sus respectivos códigos lingüísticos. La razón positivista se estructura a partir de una organización pragmática del sentido del discurso, en la que no es posible el disentimiento por parte del receptor porque el discurso siempre prescribe e impone la circulación del mensaje de manera autónoma y excluyente. El valor de la comunicación está completamente subordinado a la legitimidad lingüística del emisor y al dominio técnico que posea para orientar sus prácticas comunicativas en los procesos de mediación e intercambios simbólicos. Así, puede entenderse el rol que juegan los medios de comunicación social en una sociedad en la que los intercambios simbólicos están fuertemente manipulados e inducidos según los sistemas de representación ideológica, e influyen en el momento de ordenar la estructura dialógica de la palabra con respecto a los fines e intereses de interacción comunicativa a los que ésta debe responder. Direccional y *unifomizar* la palabra sólo desde su dimensión instrumental, responde a una visión de la realidad a la que está referida la lectura como cierre del texto, y no como complemento y dispersión del sentido.

La transformación logofónica de la palabra en un registro caligráfico, sustantiva a la palabra en un espacio textual que la reproduce como un signo autoproducido; más que interrogarla, niega la propia interlocución de la palabra con el otro que la interpreta y descifra. El proceso logofónico sedimenta la palabra al exterior de un orden del discurso que la apresa y la dimensiona institucionalmente. La reducción semántica de la palabra produce una significación mediada que se desti-

na a lograr su acuerdo con el objeto mentado, intentando sustraer la polisemia del discurso a códigos preestablecidos por las unidades de control del sistema de representación social del lenguaje. Se cosifica el proceso de hermenéusis y de descomposición del texto, y se concentra la polisemia del signo en la unidad monofónica y monológica de un cierto tipo de discursividad con la intención expresa de fundar lo indiscutible de la “verdad” constituida a través del texto.

En la desconstrucción (Derrida: 1967b), se trata, por el contrario, de escudriñar desde la escritura los espacios internarrativos del texto a modo de esclarecer las significaciones del discurso que se exponen desde su ilegibilidad presencial, a una lectura que indaga sobre su diversidad y diferencia.

El logofonocentrismo, se entiende como la conexión implicativa entre la verdad y el ser del ente como presencia dada, que solo se produce como una “auto-afección” a través de la voz. Este “oírse-hablar” le concede a la “foné, a la voz, al habla, una relación inmediata y esencial a la conciencia con el sentido. Pero como la voz está originariamente asociada al logos, entonces se hace depositaria del sentido de la palabra como realidad única y significativa, otorgando al lenguaje un significado trascendental que no posee (Derrida, 1967c). La preeminencia de la palabra sobre la escritura es determinante y funda un sistema jerarquizado de oposiciones binarias dentro del campo de la significación, anulando otros posibles planos en los que la palabra deja entrever lo no presente y advertido por el imaginario del intérprete.

Esta perversa dialéctica entre palabra y escritura, en la que la escritura queda subordinada como espacio residual de una grafía que le sirve a la palabra como un espejo en el que se refleja el logos, le niega a la escritura su espacio semiótico al cual recurrir para liberar el querer-decir como deseo permanente de romper con toda lógica impuesta al signo de manera preconceptual. Se trata de revertir desde la escritura la ‘escritura’ con la que se oficializa el dominio de la palabra para representar la apariencia de la realidad. La desconstrucción trata de invertir el sentido, revocarlo, transformarlo, descomponerlo, desplazar las acepciones y convenciones del código para recrear el texto desde la diversidad contextual, reestructurando todo el campo semiótico en el que la significación se articula y se mueve. La escritura porta las imágenes de ese presentir de lo otro que existe y subyace y que niega la palabra objetivadora.

La desconstrucción descubre esa otra dimensión de la palabra escrita, que había quedado excluida a su propia inmanencia significativa y ontocreadora. Existe toda otra palabra, habla, como huella, complemento, archi-escritura (Derrida, 1967a), envío, *différance* (Derrida, 1967b), que es necesario recomponer o anteponer sobre el campo de la significación, para liberar al lenguaje de ése sentido estricto que transmite el significado. El lenguaje es, entonces, un movimiento de libertades significantes, de diferencias, de reenvíos, de un inagotable querer-decir, impulso de contradecir. Señala Derrida (1972a) que escribir es injertar, diseminar el texto, lograr redimensionar las palabras desde una praxis semiótica sin fronteras ni límites para abrir

el sentido del código a la connotación intersubjetiva de la memoria y la historia. Cada texto remite siempre a otros textos, entrecruzándose continuamente los unos con los otros, injertándose en ellos y dejándose a su vez injertar por ellos, generando así constantemente otros textos, en un proceso de significación plural, en un despliegue de constantes reenvíos significantes.

Se pone en escena un momento en el que el lenguaje no es una estructura comunicativa auto-poética, a priori, sino que es constructivista desde las praxis significantes de los usuarios de las palabras. Las palabras en sí mismas, no tienen capacidad comunicativa, sólo la logran en la medida que responden a la demanda de nuevos sentidos y objetos significados. Superada la hegemonía del logofonocentrismo se puede reconocer lo que reside en la “estructura profunda” de la escritura como aquello que es indecible, pero que aun siendo imposible de normar este espacio de comunicación, es en él donde la libertad del signo se cumple en la medida que nos permite liberar la significación desde la escritura como un proceso de realización de la palabra a través de los diversos saberes de la comunicación.

Las nuevas des-formalizaciones y contextualidades de la teoría de la comunicación social, están impregnadas de estos elementos desconstructivos de la racionalidad postmoderna, que no acepta códigos ni mensajes unívocos para la intelección del sentido. Una tal “realidad” es completamente falsa, pues está falseada por el control simbólico y representativo de la palabra como dominadora de un sistema de significación autoreferencial.

En los márgenes de la escritura están dados los espacios para la creación y la reflexión de una nueva racionalidad que entiende que el lenguaje, el discurso y el texto se rehace desde la metáfora, la ficción, la ironía, y todos aquellos elementos ocultos en los que la escritura prefigura la historia a la que está referida y que es necesario reinterpretar.

El ser como presencia, o pensamiento logocéntrico, establece una modalidad del pensar basada en la posibilidad de una representación del ente que lo traiga efectivamente a la presencia (Heidegger: 1962). Existe entonces una esencia de las cosas asequibles mediante unos criterios de verdad unívocos, que establecen rígidas dualidades en oposición: verdad-falsedad en principio, pero también bien-mal, cuerpo-alma, mente-materia, literatura-filosofía, etc.

Resultan así, a lo largo de los siglos vastas construcciones metafísicas que se estructuran mediante desarrollos metódicos consistentes en la sostenida coherencia lógica con sus principios o fundamentos. Es un modo de pensar que jerarquiza, segmenta, divide y opone, incluye y excluye, y a su anverso luminoso le corresponde un reverso de tinieblas; de elementos pretéritos, reprimidos, silenciados, “indecibles”. Para Derrida (1972b), este pensamiento, imprescindible, pero en el que ha de reconocerse una vena latente de inaudita energía represora, puesta de manifiesto en la tremenda violencia potencial de las instituciones sociales y del Estado, ha de ser desdoblado con un pensamiento que recoja los elementos desechados y resuelva las contradicciones y tensiones que este pensar alienta.

El pensar logocéntrico se vincula a la palabra emitida, al Verbo que dicta de una vez y para siempre la esencia de las cosas.

A este pensar puede oponerse un pensar textual, un pensar vinculado a la escritura, al signo escrito, cuya forma de presencia sería -primariamente, pues este pensar es aplicable igualmente al discurso verbal- el trazo registrado sobre el papel. En este pensar otro, se recoge la acepción de Saussure de la lengua como compuesta de unidades atómicas de sentido (unión de significante y significado) y articulado por un sistema de diferencias, pero borrando el referente y entendiendo que el significado de un signo consiste en remitirse a otro signo, y el de este segundo a un tercero, y el de aquél a otro más, de modo que lo que actúa articulando el conjunto de signos es un cúmulo de diferencias, que provocan un remitirse perpetuo de unos signos a otros, de significante en significante. A esta articulación intra-lingüística, que introduce la temporalidad en el lenguaje, y que es el origen -sin origen- del aparecer y del sentido, Derrida la designa la *différance*, con una licencia o transgresión ortográfica que sólo puede detectar la escritura y no la enunciación verbal: “Reteniendo al menos el esquema, si no el contenido de la exigencia formulada por Saussure, designaremos por “*différance*”, al movimiento según el cual la lengua o todo código, todo sistema de reenvíos en general, se constituye históricamente como tejido de diferencias” (Derrida, 1967 b; 1972c).

El movimiento de la *différance*, introduciendo la temporalidad en el texto, en un continuo sucederse de “simulacros de presencias” que se dis-

locan para remitirse a otros, es lo que en la terminología derridiana se denomina “huella”, huella que se borra en su aparecer mismo, con las marcas de un elemento pasado y de un elemento futuro a los que se encadena. Ese encadenamiento supone un “espaciamento”, en que consiste el aparecer y el borrarse mismos de la huella, y que impide que pueda funcionar la presencia inmediata en el texto como fundamento pleno de significación.

Dicho espaciamento, en una doble vertiente temporal y espacial, permite hablar a Derrida (1972c) de la huella como “devenir espacio del tiempo y devenir-tiempo del espacio”. Ese devenir es el que hilvana los hilos de sentidos en el texto, organizando por una parte su articulación conceptual más inmediata y arrancando igualmente la diferencia de “lo otro”, posible o disponible entre los hilos mencionados, la presencia velada de lo ilegible. Lo ilegible es esa dimensión de sentido latente en el texto y que ningún esquema hermenéutico puede apropiarse.

Las unidades de significado de la semiología tradicional, poseída por el prejuicio metafísico de la presencia, dejan ahora lugar a porciones o cantidades discretas de sentido que interactúan en su propio campo semántico, en un proceso laberíntico y temporal de reflejos e irisaciones, que tendrían acaso un precedente metafórico en la monada de Leibniz, como unidad elemental en la que sin embargo puede reflejarse lo real en su diversidad. El movimiento del reflejarse sería el movimiento de la “*différance*”, y su manifestación, su forma actual de presentarse, la huella, en cuyo seguimiento se accede a los flujos de concentración y diseminación del sentido.

Considerados los signos de esta manera, la semiología se convierte para Derrida en gramatología (1967a). La desconstrucción sería la estrategia que permite deshilar, en un texto dado, la rama de conexiones desde la que se replega la reserva y el sentido que la hermenéutica tradicional fundada en la metafísica de la presencia no consigue apropiarse, y que abre dicho texto a unas lecturas imprevisibles, sin por ello traicionarlo o caer en lo gratuito.

Des-representación del sujeto cognoscente en la cultura postmoderna

La postmodernidad pudiera ser entendida, a pesar de sus diversas acepciones, como un momento antitético en el que la historia está en curso de una desconstrucción del racionalismo universalista, que parte de una comprensión del ser como totalidad y unidad teleológica. La concepción de una razón omnipresente y monocreadora, sin otra representación que su poder de dominio, es lo que ha definido el proyecto filosófico y político de la modernidad que, a juicio de muchos, ha llegado a su fase finisecular. Un proyecto de racionalidad científico-objetivista que buscó indefectiblemente su realización a través de una cosmovisión logocentrista de la realidad y que excluyó, cada vez más, el espacio público de la libertad y pluralidad humanas.

La postmodernidad es el interruptus de un modelo histórico obsoleto, anacrónico. Su fuerza disruptiva nace de la insuficiencia epistémica, dialógica y discursiva de la racionalidad monológica, ante una fenomenología de la existencia que

se nos revela mucho más transversal, discontinua, fluctuante y compleja. En este sentido, la postmodernidad simboliza y es sinónimo, de un ir más allá de todo pensamiento metafísico, traspasando el umbral positivista del conocimiento y proponiendo una salida en la que el escepticismo metodológico y la cognoscibilidad multiforme, orienten los nuevos paradigmas del conocimiento.

En la modernidad el sujeto fue des-subjetivizado por la racionalidad del objetivismo realista. Es desde el ángulo cognoscitivo de las propiedades permanentes y trascendentes del objeto donde el sujeto sufre la reducción de su praxis existencial-óptica. En la teoría del conocimiento de la modernidad el dualismo sujeto y objeto está entendido como una coimplicación entre estas dos esferas. Allí surge el campo en el que la realidad se concluye, al intentar representar la acción de esa conciencia intencional con la que se pretende fundar el mundo y que permanece abierta a la colonización de la presencia del objeto sobre el sujeto.

El sujeto queda sobredeterminado por los contenidos epistémicos con los que se legitima la racionalidad del objeto. Desde la objetividad del objeto se plantean todas las determinaciones de la realidad sobre un sujeto de conocimiento que termina sometido a la receptividad pasiva de una conciencia cognitiva sistemática y pre-estructurada.

La desconstrucción y el antirrepresentacionismo postmoderno niegan, por el contrario, la validez epistémica del conocimiento a priori del objeto, más si la existencia del sujeto sufre un ocultamiento ontológico que le niega o suprime

su existencia. Si hay un conocimiento posible, éste lo será en la medida que el sujeto sea liberado de los principios de objetivación lógica con los que la modernidad pretendió construir la estructura deductiva de la racionalidad cognoscente. El sujeto recupera su condición de cognitio diferencial y de multiplicidad subjetiva, y nunca más de *res cogita*, en la que el “interés” de conocimiento orientará los tipos de saberes de acuerdo al carácter técnico, práctico, físico-natural, social, del conocimiento.

La constitución del objeto parte de las características materiales que le son adscriptas por los sujetos. Lo que supondría conocer diferencialmente y no por un principio de identidad entre sujeto y objeto; el sujeto o los sujetos están diferencialmente constituidos a partir de diferentes ordenamientos o cosmos epistémicos, según el modo de producir la praxis cognoscitiva y la propia forma económico-social de producir el logos histórico particular de cada época histórica. De este manera el sujeto queda desplazado del ámbito de la legalidad empírica de la epistemología, por otra de características socio-culturales diversas e intersubjetivas, fuera de toda esa regulación precodificada que imponen los procesos perceptivos e inductivos de la razón.

Para la modernidad el mundo de las representaciones quedaba sometido más allá de la apariencia caótica, a una racionalidad ordenadora, rectora, que permitía aceptar que los objetos tenían propiedades intrínsecas propias.

El sujeto cartesiano, herencia del “*cogito, ergo sum*” moderno, queda disipado de ese plano óptico en el que la realidad de la conciencia es

fundante de un modelo de racionalidad que accede al mundo convirtiéndolo en puro objeto de pensamiento para el sujeto, a la vez que lo reduce y delimita. Desde la postmodernidad (Lanz, 2004) el sujeto sale de la trampa *solipsista* en la que lo mantenía la experiencia de la realidad. La correspondencia entre él y el objeto, no se funda en un proceso de identidades semejantes o análogas, capaces de garantizar el orden sobre el desorden.

Lo que pone a flote el antirrepresentacionismo, o des-representación, del sujeto de la cultura postmoderna es la insurgencia de un sujeto como espacio colectivo de construcción social de varios sujetos-subjetividades de conocimiento. La experiencia no está entendida desde un solo modo de la comprensión, sino desde diversas perspectivas y procesos de observación en los que se deben dispersar los sentidos de las significaciones para acceder a ella.

La hegemonía del objeto sobre el sujeto cierra el movimiento dialéctico entre escepticismo, relativismo y contingencia, que le permite al sujeto ser capaz de edificar el léxico con el que la episteme de la cultura o del mundo de la vida, se constituye y sufre sus mutaciones. Esto es lo que recupera la cultura postmoderna para el sujeto, la insustancialidad, la inesencialidad. Al desaparecer el status determinista de la razón, al cancelarse los límites lógicos que cercaban la alteridad del sujeto, el a priori de la neutralidad, por un giro desconstrutivo de la racionalidad; entonces, las certezas de las verdades de la ciencia se desploman y el ocaso del logos epistémico se cierne sobre el universo del ser.

Señala el filósofo argentino Roberto Follari (1997), que hay actualmente lugar para el desorden, para el caos, para la contingencialidad. Se asume lo acontecimental, en búsqueda de no reducir los hechos a sus condiciones de repetibilidad; de destacar su diferencialidad, lo que tienen de específico y singular. Se intenta acabar con el peso constitutivo que lo regulatorio ha tenido en ciencias físico-naturales, donde la noción de predicción ha gozado de fuerte predicamento basada en la idea de la regularidad de lo fáctico. Las estructuras disipativas mostrarían la imposibilidad de prever la reacción de acuerdo a condiciones iniciales controladas: serían azar en acto, ostensión de un universo no predeterminado.

Se puede representar adecuadamente la realidad objetiva?

La respuesta que nos da Rorty (1990), es que se debe abandonar, de una vez por todas, la ilusión de que el pensamiento o el lenguaje están llamados, por sí mismos, a elaborar construcciones que deban ser tenidas como adecuada representación de la realidad. Esto conduce a la filosofía a una postura antirrepresentacionista, según la cual no hay modo alguno de poder decidir si una idea o una oración determinadas refieren o están correctamente representando la realidad objetiva, antecedente e independientemente tanto del pensamiento como del lenguaje. Para Rorty, en definitiva, la idea de que existen relaciones fácticas y objetivas (verdaderas), que puedan ser establecidas desde coordenadas realistas/idealistas o realista/antirrealistas, no pasa de ser una contradictoria petición de principio.

La desconstrucción, esa práctica, que entre otras definiciones, Derrida (1972c) ha entendido como “*plus d'une langue...*”, es una modalidad del pensamiento complejo, que tiende a superar los excesos analíticos del estructuralismo, procedentes del supuesto de la univocidad de los códigos y modos de significación y de su sistemática articulación. Al igual que Heidegger (1962), para Derrida (1972a), lo propio de la modernidad es que en ella el ente llega a ser tal en su representación ante el sujeto, que se muestra ante éste la representación del ente como sustituto o delegado para su más libre disposición, en el curso de la cual el simulacro representante acaba tomándose como el ente mismo.

Así pues, lo característico de esa época sería, señala Heidegger (1962), “la dominación general de la representación”. Es la interpretación de la esencia del hombre como objeto de representación... Todo lo que sucede es aprehendido en la forma de la representación”.

Pero además, el propio sujeto aprehensor de la representación queda involucrado en el proceso: “(...) el sujeto no está ya solo definido en su esencia como el lugar y el emplazamiento de sus representaciones... El hombre, determinado en primer término y sobre todo como sujeto... se encuentra a su vez interpretado de parte y parte según la estructura de la representación” (Ibid). Ello lo convierte en enteramente calculable, desde el momento en que se reduce a la fórmula de una matriz de combinaciones significantes. Esa calculabilidad es, para Heidegger, una anticipada garantía de servidumbre, que sólo puede conjurarse “desbordando hacia lo incalculable los

límites de la representación” (Derrida, 1972b). El pensamiento de Heidegger gira en torno a un cambio de orientación radical de la metafísica, que ha de clausurar la noción del ser como presencia. Esta intención queda recogida en la obra de Derrida, que habría de situarse en lo que P. Peñalver (1990) designa como época del “ser-en-desconstrucción”.

Des-representar al sujeto pasa por la eliminación de la objetivación racionalista de la que ha sido objeto el sujeto. Desconformar la semiosis de una realidad significada pasa por la destrucción del concepto de unidad significativa reiterativa o repetitiva, por la decadencia de una universalidad de abstracciones y dogmas, que hablan de un “yo puro” y de un “yo trascendental”, que efectivamente no es un existenciario auténtico puesto que se provee de una realidad que lo encapsula y lo deniega. La supresión de este “yo” del “sujeto”, es la anunciación del fin de su mortalidad, de su utopía, de su historia, de su totalización, para dar paso a otro acceso a la condición existencial del ser humano en la que el sujeto no es unívoco e indivisible, sino múltiple y altero, que no se sabe a sí mismo desde algún a priori, que está atravesado por el inconsciente y la contingencia. Un sujeto que se expande estéticamente desde la razón poética y la pasión sensible, que conjuga los afectos de la emotividad y los sentimientos de las valoraciones sensuales. Un sujeto en el que la subjetividad de lo femenino se desinhibe desde las libertades del género, de aquellos patrones de masculinidad represiva y opresora. Pues la memoria no sólo es un pasado que nos habla cada vez más cerca de las lejanías del olvido, sino que

es una búsqueda en el tiempo de lo que también es necesario recordar para llegar a ser. Todo esto que ha sido negado por la racionalidad científica y técnica, por el objetivismo de la logicidad del pensamiento formal e instrumental, ha disminuido significativamente la razón dialógica y polifónica que es tan necesaria rescatar desde la archi-escritura, el envío, etc.

El giro lingüístico de la filosofía y de la desconstrucción de la metafísica de la presencia, hacen posible en este nuevo tiempo de la razón histórica postmoderna, una edificación (Rorty, 1990) del sujeto desde la convención de los usos y juegos del lenguaje (Wittgenstein, 1973), con el propósito de asumir una nueva concepción transistémica y de pluralidades complejas, en la que las intersubjetividades vayan creando las redes de interacciones en las que se reconoce el tránsito de las incertidumbres y aquellas creencias de verdad que construimos sobre ellas, sin necesidad de preestablecer alguna forma lógica o simbólica que pretenda darle al conocimiento, ese rango de inevitable categoría universalista y substancial.

Bibliografía

- Derrida, J. (1967a). *De la grammatologie*. Minuit, Paris.
- Derrida, J. (1967b). *L'écriture et la différence*. Minuit, Paris.
- Derrida, J. (1967c). *La voix et le phénomène*. PUF, Paris.
- Derrida, J. (1972a). *La dissémination*. Seuil, Paris.
- Derrida, J. (1972b). *Marges-de la philosophie*. Minuit, Paris.

- Derrida, J. (1972c). *Positions*. Minuit, Paris.
- Derrida, J. (1988). *Mémoires-Pour Paul de Man*. Galilée, Paris.
- Derrida, J. (1993). *Spectres de Marx*. Galilée, Paris.
- Follari, R (1997). Muerte del sujeto y ocaso de la representación. *RELEA*, N° 2, CIPOST, Caracas.
- Heidegger, M (1962). L'époque des 'conceptions du monde. En *Chemins qui ne mènent nulle part*. Gallimard, Paris.
- Lanz, R (2004). Posmodernidades: la obra de Michael Maffesoli. Ed. Monte Ávila Editores *Latinoamericana. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV, Caracas*.
- Peñalver, P. (1990). *Desconstrucción. Escritura y filosofía*. Montesinos, Barcelona, España. Rorty, R (1990). *El giro lingüístico*. Paidós/I.C.E.-U.A.B, Barcelona, España.
- Wittgenstein, L (1973). *El Tractatus Lógico-philosophicus*. Alianza Universidad, Madrid.